

EVOCACIÓN (PRIMER PREMIO)

Aquella tarde la esperaban en el café del círculo de Bellas Artes de Madrid. La Pecera era uno de sus lugares favoritos y, en este caso, el elegido para una entrevista con un perfil más personal.

Lola Palá era reconocida en los círculos literarios, pero poco se sabía, públicamente, de su vida privada y sus orígenes. Quizás por ello se sorprendería con la última pregunta.

—Señora Aguado, ya para finalizar, dicen que todos tenemos un aroma que nos evoca algún momento de nuestro pasado. ¿Cuál es el suyo?

Cerró los ojos por un instante y sintió como el aire olía a melocotón dulce. Un aroma sutil, que la envolvía cuando todos esperaban el momento de la recogida en aquellos días templados del mes de septiembre.

Se sentaba en el porche de la casa mirando la casita de pájaro que colgaba de una rama. Mientras la contemplaba pensaba en sus cosas y en cómo disfrutaba su padre en aquel escenario al atardecer. Se plantaba orgulloso ante aquellas filas, caprichosamente infinitas, cargadas de enormes frutos dorados. Los miraba, los elegía y les frotaba con la punta de la chaqueta, la casi imperceptible pelusilla que los recubría. Después, los iba colocando con mucho cuidado en una caja que viajaría con Lola en el coche, junto a las maletas, para volver una vez más a Zaragoza.

Todos los años en esas fechas, dejaba Calanda, pero en el trayecto, el aire, seguía oliendo a melocotón y las filas de frutales agitaban empujadas sus ramas simulando un adiós hasta el próximo verano.